ISABEL, "LLENA DE ESPÍRITU SANTO" Lc 1,41 A LA LUZ DE LA TRADICIÓN RABÍNICA

ALFONSO DE LA FUENTE
Centro Teológico San Dámaso
Madrid

La expresión "Espíritu Santo" tiene en el judaísmo una larga historia que arranca del Antiguo Testamento y se prolonga ampliamente en la literatura targúmica y rabínica. Es una historia análoga a la de otros atributos divinos, como Palabra, Presencia o Gloria. La reflexión de los rabinos, empeñada en descubrir las "mil caras" de la Escritura, encuentra en ellos un medio para acercarse al misterio de la acción de Dios en el mundo.

La expresión aparece ya en dos pasajes de la Biblia hebrea (Sal 51,13; Is 63,10s) y, con mayor profusión, en los escritos deuterocanónicos del Antiguo Testamento. Concretamente, en el libro de la Sabiduría (Sab 1,5; 9,17), en las versiones de la obra de Jesús ben Sirá (Eclo 1,9 Vg; 48,12 LXX códice A) y en las versiones de Daniel (Dn 4,15 LXX; 5,12 LXX; 6,4 LXX; 13,45 Vg = Susana 45 texto de Teodoción). Aparece igualmente en la literatura apócrifa (= pseudoepigráfica) del Antiguo Testamento, tanto narrativa como apocalíptica y poética: libro de los Jubileos, Martirio de Isaías, Testamentos, Antigüedades Bíblicas, Salmos de Salomón y libro cuarto de Esdras (Jub 1,21.23; 25,14 ms. c; MartIs 5,14; TestBen 8,2 ms. A; TestLev 18,11; TestNef [hebreo] 10,9; AntBibl 18,11; 28,6; 32,14; SalSl 17,37; 4 Esd 14,22).

La presencia de "Espíritu Santo" se intensifica en los targumes [1]. Unas veces lo hallamos en pasajes donde el texto hebreo dice "Espíritu de Dios"

[1] A. Diez Macho fue el primero en subrayar este hecho a la vista del tg. Neofiti, descubierto por él mismo en 1956; cf. su artículo "El Logos y el Espíritu Santo": *Atlántida* 1 (1963) 381-396, espec. 394-396.

Estudios Bíblicos 50 (1992) 73-83

o "Espíritu de Yahvé"; otras, en pasajes donde las alusiones bíblicas al Espíritu son muy remotas. De todos modos, esta presencia es notablemente más frecuente en los targumes de origen palestinense que en los de origen babilónico. Así, por ejemplo, en los targumes al Pentateuco, mientras Neofiti y Pseudo-Jonatán (tradición palestinense) emplean la expresión más de diez veces cada uno, Onquelos (tradición babilónica) la emplea una sola vez (y, curiosamente, sin paralelo en los otros dos) [2]. En los targumes a los demás libros la distribución es bastante irregular. No aparece, por ejemplo, en el bloque Josué-Reyes, ni en Jeremías, ni en Job, mientras que está presente en Isaías, Ezequiel y Joel. En el Salterio su presencia se limita a la segunda mitad del conjunto [3].

En cuanto a la literatura rabínica, baste decir que las alusiones al Espíritu Santo son numerosas, tanto en los dos talmudes como en los diversos midrases [4]. Alusiones que, en la mayoría de los casos, tienen una base muy tenue o nula en las referencias bíblicas al Espíritu de Dios. Sin embargo, constituyen en su conjunto una prolongación (y ampliación) de concepciones que hallamos en el Antiguo Testamento.

Como el Espíritu de Dios o Espíritu de Yahvé en la Biblia hebrea, el Espíritu Santo en el judaísmo es la fuerza divina que actúa en el mundo y en la vida de los hombres con una finalidad esencialmente salvífica. Sus manifestaciones pueden tener efectos transitorios o permanentes, y sus destinatarios son miembros relevantes de la comunidad de salvación o el conjunto de la misma. El rasgo más peculiar que añade la literatura rabínica al panorama bíblico es su énfasis en la acción del Espíritu Santo encaminada a comunicar, en clave profética, conocimientos de cosas ocultas o futuras [5]. Otro rasgo peculiar es la idea de que la actividad del

[2] La ausencia de la expresión en la tradición babilónica puede ser debida a "censura" rabínica. Dado que "Espíritu Santo" había adquirido en el cristianismo un significado muy específico, los rabinos estimaron oportuno eliminar la expresión o sustituirla por "Espíritu de Profecía". De ser así, tendríamos un indicio más a favor de una mayor antigüedad de la tradición palestinense (no afectada por esa censura).

[3] Curiosamente, ni la versión targúmica de Sal 51 ni la de Is 63 mantienen el "Espíritu Santo" del hebreo.

[4] En las fechas, relativamente tardías, en que se redactaron todos estos textos, una vez estabilizada la separación entre judaísmo y cristianismo, los rabinos no sentían ya la necesidad de poner freno al uso de la expresión.

[5] De ahí la fácil posibilidad de intercambiar "Espíritu Santo" y "Espíritu de Profecía".

Espíritu Santo cesó en Israel con la destrucción del primer templo (siglo VI a.C.) o a la muerte de los profetas Ageo, Zacarías y Malaquías (siglo V), pero se reanudará en la época escatológica con un retorno de la profecía y una transformación de los corazones.

I. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LAS PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA DE ISRAEL

Si la condición de la mujer con respecto al varón es de postergación en el ámbito bíblico, no lo es menos en el judaísmo. El famoso rabí Yehudá, a mediados del siglo II d. C., se sentía dichoso por no ser pagano, ni mujer, ni ignorante (cf. p Ber 9,13b). Y el gran historiador Flavio Josefo, educado en el rabinismo un siglo antes, se mostraba seguro de que "la mujer es inferior al varón en todo" (*Contra Apión* 2,24). La mujer sólo se liberaba de la potestad del padre cuando quedaba sujeta a la del marido. No podía ser maestra ni siquiera de niños, no servía como testigo en un juicio, y su puesto en la sinagoga estaba en un lugar secundario, separado por celosías. A la mujer no era necesario instruirla en el conocimiento de la Torá. A este respecto, rabí Eliezer (*ca.* 90 d. C.) nos ha legado un duro veredicto: "¡Que se quemen las palabras de la Torá, pero no se pueden transmitir a las mujeres!" (p Sota 3,19a,3). Por desgracia, la "maldición" de Gn 3,16 —"él te dominará"— se cumplía con todo rigor.

Sin embargo, en la tradición del mismo judaísmo aflora en ocasiones una corriente profunda, reprimida diríamos, de admiración y estima hacia la mujer. Este fenómeno se da ya en la Biblia, sobre todo en la literatura sapiencial. Un ejemplo: el mismo autor, el austero Jesús ben Sirá, que advierte: "Pocas maldades como maldad de mujer" (Eclo 25,19), declara con entusiasmo: "Tan hermosa como aurora en el cielo del Señor es la mujer buena en casa ordenada" (Eclo 26,16). Algunos rabinos no son menos expresivos. Así, el gran rabí Aquiba, cruelmente martirizado por los romanos el año 135, a la pregunta: ¿Quién es más rico?, responde: "Quien tiene una mujer hermosa en obras" (b Shab 25b). Y en una antigua sentencia se nos dice: "Quien ama a su mujer como a sí mismo y la honra más que a sí mismo... ése comprobará que la paz es su morada" (b Yeb 62b).

En consonancia con el predominio del varón en el judaísmo es normal que, cuando se alude en la literatura rabínica a la acción del Espíritu Santo

sobre personas concretas, éstas pertenezcan al género masculino: Abrahán, Isaac, Jacob, José, Moisés, Aarón, Josué, Saúl, David, etc. Pero también se alude a esta acción divina en el caso de mujeres que tuvieron papeles destacados en la historia de Israel: Sara, Rebeca, Lía, Raquel, Tamar, María la hermana de Moisés, la hija del faraón, Rajab, Débora, Ana, Abigaíl, Betsabé y Ester.

Un testimonio[6] de que el Espíritu Santo actuó en Sara es lo que de ella dice rabí Yisjak (ca. 300): "Yiscá es Sara. ¿Y por qué es llamada Yiscá? Porque vio en el Espíritu Santo, como está escrito: En todo lo que Sara te dice, hazle caso" (b Meg 14a). Este razonamiento se vale de un juego de palabras entre el nombre de Yiscá (יסכה) y el verbo סכה (ver [de antemano]) para identificar a Sara con Yiscá, sobrina de Abrahán (cf. Gn 11,27-29), lo cual la convierte en consanguínea del patriarca. El fundamento bíblico que se alega para afirmar que Sara "vio en el Espíritu Santo" es Gn 21,12, donde Dios dice a Abrahán que atienda la petición que Sara le hace de expulsar de casa a Agar y a su hijo.

A propósito de Rebeca, el targum Pseudo-Jonatán, reinterpretando el texto bíblico, se refiere en dos momentos a la acción del Espíritu Santo. En Gn 27,5: "Rebeca oía en el Espíritu Santo lo que Isaac hablaba con su hijo: Esaú salió al campo para cazar una pieza y llevársela". Y en Gn 27,42: "En el Espíritu Santo fue comunicado a Rebeca lo que pensaba Esaú, su hijo mayor, el cual se proponía dar muerte a Jacob". Estas dos tradiciones se recogen también en algunos escritos midrásicos (cf. Midr Sal 105,4).

La acción del Espíritu Santo sobre Lía aparece en relación con Gn 29,33, donde se dice que esta mujer de Jacob tuvo un hijo al que puso por nombre Simeón (שמעון), porque Dios "ha oído (שמע) que yo era aborrecida". La tradición rabínica prefiere derivar este nombre del verbo שנא (= aborrecer), pero el midrás ofrece una curiosa interpretación: relaciona el nombre de Simeón con el pecado (שם עון) y justifica la imposición del nombre explicando que Simrí, descendiente de Lía, cometería un pecado. Así se refleja en un texto relativamente tardío: "Le puso (Lía) por nombre Simeón. ¿Qué significa Simeón? Que existirá pecado. Vio, en efecto, en

---

[6] Para la selección de textos rabínicos utilizo principalmente P. Schäfer, *Die Vorstellung vom heiligen Geist in der rabbinischen Literatur* (München 1972), y por supuesto, H.L. Strack/P. Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch* (München 1922ss).

el Espíritu Santo que de ella descendería Simrí, el cual cometió tal acción" (MhG, Gn 524). En otro pasaje (MhG Gn, 369) se dice que Lía "vio por medio del Espíritu Santo" que de ella nacería Leví.

Gracias al Espíritu Santo, Raquel supo que le nacería otro hijo después de José: "Le puso por nombre José y dijo: Que el Señor me añada[7] otro hijo (Gn 20,24). Ella vio en el Espíritu Santo que daría a luz otro hijo" (Midr Tanhuma [ed. Buber] ויצא § 20).

En un episodio a medio camino entre lo erótico y lo jurídico, Gn 38 narra que la viuda Tamar quedó encinta de su suegro Judá, el cual, descuidando la ley del levirato, no había procurado el matrimonio de su hijo menor con ella. Pues bien, en este episodio la tradición rabínica hace intervenir al Espíritu Santo en tres momentos: 1) "A Tamar le fue dicho en el Espíritu Santo" que su suegro subía hacia Timná (MhG Gn, 646; cf. Gn 38,13). 2) "El Espíritu Santo brilló en ella" cuando pidió a Judá en prenda su sello, su cordón y su bastón. Así se expresa rabí Junyá (ca. 350), a la vez que explica la triple petición como referencia a realidades futuras (Gn Rabbá 85,9; cf. Gn 38,18). 3) La noticia de que Judá reconoció su culpa es comentada por otro maestro (rabí Yudán, contemporáneo del anterior): "Cuando Judá dijo: Ella es justa, brilló el Espíritu Santo y dijo: Tamar no se ha prostituido, y Judá no quería cometer fornicación. La cosa viene de mí, para que el rey mesiánico salga de Judá" (MhG Gn, 655; cf. Gn 38,26).

En los comentarios rabínicos, María la hermana de Moisés es identificada a veces con Puá, una de las dos comadronas que, según Ex 1,15, asistían a las hebreas en Egipto. Esta identificación se justifica diciendo que María recibe el nombre Puá (פועה) "porque clamó (היתה פועה) en el Espíritu Santo y dijo: Mi madre dará a luz un hijo que salvará a Israel" (b Sota 11b). La intervención del Espíritu Santo hace que María preanuncie el nacimiento y la misión de Moisés[8].

De la hija del faraón se afirma que "vio en el Espíritu Santo que ella educaría al salvador de Israel. Por eso iba a pasear mañana y tarde con sus criadas junto al Nilo" (MhG Gn, 369; cf. Ex 2,5). Esta explicación se presenta en conexión con una frase que leemos al final del libro de los Proverbios: "Se levanta de noche todavía" (Prov 31,15). El midrás expli-

[7] El nombre de José se explica como derivado del verbo יסף (añadir).

[8] La identificación de María con Puá aparece también en tg. PsJon y Fragm a Ex 1,15.

ca: "Se trata de Bityá, la hija del faraón, la cual vio en el Espíritu Santo que ella..."

Según otra antigua tradición midrásica, el Espíritu Santo actuó también en el caso de la prostituta Rajab, la que acogió en Jericó a los espías israelitas. El texto suena así: "Rajab dijo a los enviados de Josué: Id a la montaña, para que los perseguidores no os alcancen, y ocultaos allí tres días (cf. Jos 2,16). Esto enseña que el Espíritu Santo reposó sobre ella, pues de no ser así, ¿de dónde podía ella saber que ellos volverían tres días después. Por tanto este pasaje enseña que el Espíritu Santo reposó sobre ella" (Sif Dt § 22).

En cuanto a Débora, como evocación de la última parte de su cántico de victoria (Jue 5,28-31), leemos: "¿Por qué se retrasa su carro?, preguntó la madre de Sísara. Las más prudentes de sus damas respondieron, pero ella repitió la pregunta. La mujer de Sísara dijo: Será que han capturado botín y lo están repartiendo. Entonces las palabras que había pronunciado la madre de Sísara fueron manifestadas a Débora en el Espíritu Santo. Ella dijo: No esperes a tu hijo Sísara. Desde ahora, así perecerán todos tus enemigos, Señor" (Sif Nm § 88,8).

A propósito de las palabras que Ana, la madre de Samuel, pronuncia ante el sacerdote Elí al entregar a su hijo en el santuario de Silo se nos dice: "En aquella hora brilló el Espíritu Santo en ella: Mientras viva Samuel, vivirá también Saúl" (Midr Sm 3,6). La base de esta última afirmación reside en un juego de palabras hebreo entre el nombre de Saúl (שׁאול) y el hecho de que Samuel hubiera sido "pedido" (שׁאול) a Dios por Ana[9].

En un comentario al libro de los Números -conservado sólo fragmentariamente- encontramos, en relación con Is 58,8, una referencia a Abigaíl, la prudente esposa del necio Nabal y luego de David: "Así dijo también Abigaíl en el Espíritu Santo: El alma de mi Señor estará guardada en la bolsa de la vida" (Sif Zutá 319; cf. Qoh Rabbá 3,21 § 1)[10].

Un midrás aplica las palabras de Prov 31,22 —"para sí hace cobertores"— a Betsabé, la madre de Salomón: "Se trata de Betsabé, la cual vio en el Espíritu Santo que de ella nacería un hijo que pronunciaría tres mil

[9] Según tg. 1 Sm 2,1, "Ana oró en el Espíritu de Profecía y dijo: Mi hijo Samuel será profeta sobre Israel".

[10] La expresión "bolsa de la vida" es prácticamente sinónima de "libro de la vida". En ella conserva Dios a sus fieles.

parábolas, como está escrito: Y él era el más sabio de todos los hombres" (MhG Gn, 371; cf. 1 Re 5,10).

El libro de Ester, en fin, narra que esta heroína de Israel, para conseguir del rey Asuero la salvación de su pueblo, "al tercer día se vistió de reina" (Est 5,1). A este respecto el Talmud de Babilonia nos conserva una antigua interpretación: "Esto enseña que la vistió el Espíritu Santo" (b Meg 15a)[11].

En casi todas estas referencias la acción del Espíritu Santo tiene como resultado el conocimiento de hechos futuros u ocultos, aspecto que —como queda dicho— es subrayado por la reflexión rabínica como rasgo profético. De hecho, seis de las mujeres mencionadas tienen consideración de profetisas en la tradición de los rabinos. Por ejemplo, en este pasaje del Talmud: "Cuarenta y ocho profetas y siete profetisas profetizaron a los israelitas... ¿Quiénes son las profetisas? Sara, María, Débora, Ana, Abigaíl, Juldá y Ester" (b Meg 14a)[12].

II. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN ISABEL

Lucas es el autor del Nuevo Testamento que emplea con mayor frecuencia la expresión "Espíritu Santo": 13 veces en el Evangelio y 41 en los Hechos (frente a 37 en el resto del Nuevo Testamento; de éstas, 4 en Mc, 5 en Mt y 3 en Jn). En el Evangelio de Lucas, como en el Antiguo Testamento y en el judaísmo, el Espíritu Santo no tiene carácter personal; es una fuerza divina que actúa en contextos salvíficos[13]. En concreto, el único pasaje sinóptico en que aparece claramente la personalidad del Espíritu Santo es la fórmula trinitaria de Mt 28,19[14].

---

[11] Según tg. Ester I 5,1, sobre ella reposó el Espíritu Santo.

[12] Según rabí Janiná ben Pazzi (ca. 300), "las matriarcas fueron profetisas, y Raquel forma parte de ellas". En el AT el título de profetisa es aplicado a María, Débora y Juldá (Ex 15,20; Jue 4,4; 2 Re 22,14 = 2 Cr 34,22).

[13] Este significado resulta claro en Lc 1,35, donde πνεῦμα ἅγιον (sin artículo, como casi siempre en la obra lucana) está en paralelismo con δύναμις ὑψίστου. Sobre el papel que representa el Espíritu (Santo) en la obra de Lucas véase, por ejemplo, E. Schweizer, πμεῦμα, en *ThWNT* 5 (1965) 401-410, y J.A. Fitzmyer, *El Evangelio de Lucas* I (Madrid 1986) 381-389.

[14] No sería, pues, incorrecto escribir en numerosos pasajes del NT "espíritu santo", reservando las mayúsculas para los pasajes en que la expresión tiene un sentido

Lc 1-2 alude en cinco ocasiones al Espíritu Santo: 1,15 (Juan estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre); 1,35 (el Espíritu Santo vendrá sobre María); 1,41 (Isabel habla llena del Espíritu Santo); 1,67 (Zacarías profetiza lleno del Espíritu Santo); 2,25s (el Espíritu Santo está en Simeón, el cual, gracias al mismo Espíritu, sabe que no morirá sin haber visto al Ungido del Señor). Dos de estos pasajes se refieren a mujeres, si bien la acción del Espíritu Santo sobre ellas no tiene los mismos efectos en ambos casos. En 1,35 está relacionada con el influjo divino en la concepción y nacimiento de Jesús; en 1,41, con las palabras que pronuncia Isabel.

Isabel "quedó llena del Espíritu Santo" o, más exactamente, "de Espíritu Santo": ἐπλήσθη πνεύματος ἁγίου (1,41). Son las mismas palabras que se aplican a Zacarías (1,69). Lucas es el único, entre los autores del Nuevo Testamento, que emplea el sintagma "(estar, quedar) lleno de Espíritu Santo". En su Evangelio, fuera de los caps. 1-2, lo encontramos sólo una vez: "Jesús, lleno (πλήρης) de Espíritu Santo, volvió al Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto" (4,1; cf. Mc 1,12 y Mt 4,1). En cambio, lo encontramos varias veces en los Hechos: en Pentecostés "todos quedaron llenos (ἐπλήσθησαν) de Espíritu Santo" (2,4), y lo mismo sucede con ocasión de una asamblea de la comunidad (4,31); Pedro, "lleno (πλησθείς) de Espíritu Santo", habla ante el sanedrín (4,8); Pablo es visitado por Ananías para que recobre la vista "y quedes lleno (πλησθῇς) de Espíritu Santo" (9,17); el mismo Pablo "lleno (πλησθείς) de Espíritu Santo", increpa al mago Elimas (13,9); Esteban es presentado como "hombre lleno (πλήρης) de fe y Espíritu Santo" (6,5) y se expresa "lleno (πλήρης) de Espíritu Santo" (7,55); igualmente Bernabé es "hombre bueno y lleno (πλήρης) de Espíritu Santo" (11,44); y los discípulos, tras la actuación de Pablo y Bernabé en Antioquía de Pisidia, "quedaron llenos (ἐπληροῦντο) de gozo y Espíritu Santo" (13,52).

Es de notar que este sintagma se emplea raras veces en la literatura targúmica y rabínica. Como ejemplo podemos señalar que el texto de Ex 31,3, donde Dios dice con respecto a Besalel: "le he llenado de Espíritu de Dios", es traducido por el targum palestinense: "le he llenado de Espíritu Santo" (PsJon y Fragm)[15]. Y en el midrás leemos: "El (Moisés)

---

personal. Sin embargo, tal distinción no es siempre fácil en la práctica.

[15] Onq dice: "le he llenado de Espíritu de Profecía". En el paralelo de Ex 35,31 PsJon dice también "Espíritu de Profecía", mientras que N traduce "Espíritu Santo".

y ellos (los setenta ancianos) quedaron llenos de Espíritu Santo. Quedaron llenos de Espíritu Santo tomado del espíritu de Moisés" (Nm Rabbá 13,20; cf. Nm 11,25). Para indicar la intervención del Espíritu Santo, la tradición rabínica —siguiendo los pasos de la Biblia hebrea— prefiere utilizar otros verbos: reposar o venir sobre, revestir a, estar en, brillar en o sobre, etc.

El uso de "llenar" en relación con el Espíritu Santo no parece encerrar una carga teológica especial frente a esos otros verbos. Vale tanto decir que una persona quedó llena del Espíritu Santo como que el Espíritu Santo reposó sobre ella. La diferencia de matiz entre los diversos verbos no obedece a diferencias de contenido, sino a diferentes modos de imaginar la intervención de la fuerza de Dios. Así sucede ya en la Biblia: cuando esa intervención se entiende en clave dinámica, orientada a una actividad concreta, se dice que el Espíritu de Dios "impulsa" o "invade"; en cambio, cuando se entiende en clave estática, como don más o menos permanente, el Espiritu "reposa" o "es dado".

En consecuencia, el "estar o quedar lleno" de Espíritu Santo no indica una plenitud en el sentido de dosis máxima que se pueda recibir u otorgar. No se trata de determinar una cantidad, sino de afirmar un hecho: que la fuerza misteriosa de Dios obra en relación con alguien. El sintagma "(estar, quedar) lleno de Espíritu Santo" es comparable en su forma con otros sintagmas típicos de las lenguas semíticas, como "lleno de lepra" o "lleno de ira", cuyo contenido semántico es igual a "leproso" y "airado" [16].

Conviene señalar además que el verbo πίμπλημι en relación con el Espíritu Santo es empleado siempre en voz pasiva: una persona o un grupo "queda lleno" (literalmente, "es llenado") de Espíritu Santo [17]. Pero ¿quién llena? Indudablemente, Dios. Nos hallamos ante un caso de "pasiva divina". Para los rabinos, "el Espíritu Santo es Espíritu Santo de Dios" [18]. Dios es el agente que llena de Espíritu Santo. Este verbo, pues,

---

[16] Así también el κεχαριτωμένη de Lc 1,28 se tradujo al latín -quizá por el influjo semítico de la Peshitta- como "gratia plena". Sobre el sentido del término griego, véase S. Muñoz Iglesias, *Los evangelios de la infancia* II (Madrid 1986) 154-158.

[17] También el adjetivo πλήρης tiene sentido pasivo: está lleno lo que ha sido llenado.

[18] La fórmula es de J. Abelson, *The Immanence of God in Rabbinical Literature* (London 1912) 205s. Esta obra es una de las primeras que estudia el tema del Espíritu

por su empleo en pasiva, expresa más claramente que otros el dato teológico de que en Dios está el origen de toda acción del Espíritu Santo.

Por otra parte, el hecho de que Dios llene de Espíritu Santo a Isabel tiene que ver con las palabras que ella misma pronuncia: ἐπλήσθη πνεύματος ἁγίου ἡ Ἐλισάβετ, καὶ ἀνεφώνησεν κραυγῇ μεγάλῃ καὶ εἶπεν ("Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó en alta voz"). El Espíritu Santo aparece como fuente del discurso que ella dice. Esta conexión entre la acción del Espíritu Santo y el discurso de las personas afectadas por tal acción se da también en otros pasajes de Lc y Hch. Sin salir del evangelio de la infancia, la hallamos en el caso de Zacarías, que, lleno de Espíritu Santo, entonó el *Benedictus* (1,67), y en el de Simeón, quien, movido por el Espíritu Santo, fue al templo y allí pronunció el *Nunc dimittis* (2,25-27). Pero aparece, sobre todo, en los Hechos. Como Isabel, también Pedro, Pablo y Esteban (Hch 4,8; 13,9; 7,55s) hablan llenos de Espíritu Santo, cosa que acontece igualmente a la comunidad cristiana (4,31).

Este discurso originado por el Espíritu Santo tiene, para Lucas, carácter de profecía. Así aparece con toda evidencia en el caso de Zacarías: "Quedó lleno de Espíritu Santo y profetizó" (1,67), y en el de los discípulos del Bautista en Éfeso: "Vino sobre ellos el Espíritu Santo, y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar" (Hch 19,6). Lo mismo se advierte en otros pasajes lucanos en que no se habla expresamente de profetizar (v.g., Hch 13,8, donde Pablo anuncia a Elimas que se quedará ciego). Esto significa que, al igual que el pensamiento rabínico, Lucas establece una íntima relación entre Espíritu Santo y profecía[19]. Lucas nos ofrece en este punto una versión cristiana de una antigua tradición judía.

Ahora bien, según hemos indicado, la tradición judía sostiene que la actividad del Espíritu Santo -y con ella la profecía-, interrumpida desde la destrucción del templo salomónico o desde la muerte de los últimos profetas escritores[20], se reanudará al final de los tiempos. Así, un pasaje

Santo en el rabinismo.

[19] Esta relación se inicia ya en el AT. Recordemos el caso de Eldad y Medad, quienes profetizaron tan pronto como el Espíritu reposó sobre ellos (Nm 11,26).

[20] No obstante, los rabinos se muestran convencidos de que desde entonces siguió actuando en Israel, como sucedáneo del Espíritu Santo, una בת קול (literalmente, una "hija de la voz" = eco), es decir, una fuerza divina inferior, aunque parecida, al Espíritu Santo. He aquí un testimonio, entre muchos, de esa convicción: "El Espíritu Santo desapareció en Israel a la muerte de Ageo, Zacarías y Malaquías; sin embargo, se deja oír (= Dios hace oír) una *bat qol*" (t Sota 13,2). Pese a todo, hallamos el dato

del midrás, sobre la base de Jl 3,1, insiste: "El Santo, bendito sea, ha dicho: En este mundo profetizaron solamente algunos, pero en el mundo futuro todos los israelitas se convertirán en profetas, como está escrito: Entonces derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas" (Nm Rabbá 15,25).

Lucas comparte con los rabinos la idea de un retorno de la actividad del Espíritu Santo. Pero su teología —en consonancia con todo el Nuevo Testamento— difiere de la rabínica en el dato de que ese retorno se ha producido ya gracias al acontecimiento salvífico de Cristo. Lucas cita el mismo texto de Joel (en labios de Pedro) precisamente como prueba de que el Espíritu (Santo) ya ha sido derramado (cf. Hch 2,17s).

A la luz de cuanto antecede -y sin entrar en la historicidad de las noticias contenidas en Lc 1-2- podemos concluir que Isabel desempeña un papel profético. Ella, al igual que Zacarías y Simeón, aparece dando un testimonio profético bajo la acción del Espíritu Santo. Y aparece, por así decirlo, en paralelismo con la octogenaria Ana, de la que se afirma expresamente su condición de profetisa (Lc 2,36-38). Dos hombres y dos mujeres. Estos cuatro personajes proclaman, en diferentes tonos, que ya ha llegado el tiempo de salvación tan soñado y esperado en Israel. Isabel descubre en María la Madre del Mesías (1,43); Zacarías celebra la visita de una Luz de lo alto (1,78); Simeón ha visto la salvación de Dios (2,30); Ana habla de Jesús a los que esperan la liberación (2,38). El testimonio de estos personajes no se refiere a un hecho lejano, sino ya presente, pero oculto en el misterio de Dios.

Isabel, como otras mujeres en la tradición rabínica, alude, llena de Espíritu Santo, a un niño cuyo destino será decisivo en la historia. Cuando este niño sea hombre, tendrá por heraldo al hijo que ella misma dará a luz y que inicia ya su misión saltando de gozo en el claustro materno. Llena de Espíritu Santo y llevando dentro de sí una criatura llena también de Espíritu Santo (cf. 1,15), Isabel dedica una profecía-felicitación a la madre sobre la que ha venido el Espíritu Santo y ha descendido la fuerza del Altísimo. Gracias a Lucas, a su manifiesto interés por las mujeres en el seguimiento de Jesús, tenemos noticia de Isabel, esta mujer que no aguardó a que naciera su Señor para seguirle.

---

contradictorio de que algunos rabinos fueron favorecidos con el don del Espíritu Santo; por ejemplo, Gamaliel II (cf. b Erub 64b), a quien Pablo debía su educación farisea (Hch 22,3) y que habló en el sanedrín en favor de los apóstoles (Hch 5,34-39).